

Pedro Romero Mendoza, un brillante escritor ignorado

VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS

“El fin último del hombre es la felicidad, y la felicidad consiste en la realización del bien”. Éste es uno de los pensamientos que dejó reflejado en uno de sus libros Pedro Romero Mendoza, un hombre fundamentalmente bueno, en el más acabado sentido de la palabra. Pero, muy a nuestro pesar, su obra, ingente, no ha sido muy difundida. En las escuelas, en los institutos, puede preguntarse al alumno más avisado y no sabrá decirnos nada en torno a ella, porque en estas tierras tendemos, casi indefectiblemente, a olvidarnos de quienes, por su propia valía, han logrado sobresalir en un medio en el que la mediocridad intelectual y la concesión a la moda imperante, son la tónica general.

El exquisito escritor, Pedro Romero Mendoza, nació en la ciudad de Cáceres, el día 19 de noviembre de 1896, y falleció donde vino al mundo, a consecuencia de un desgaciado accidente de carretera, el 10 de agosto de 1969.

Pedro fue un niño solitario. En su infancia ya revelaba su carácter y su vocación de escritor. Muy amante de las letras y devotísimo de la lectura —siempre se le veía con un libro entre las manos, pues esa era una de sus características más inconfundibles, lector impenitente—, llegaría a ser una verdadera personalidad en los campos del periodismo y de la literatura. El poeta y ensayista Enrique Badosa se ha referido a la disciplina de la lectura y a su utilidad. Leer supone un ejercicio de voluntad, un saber estarse quieto y con incrementada atención para comprender el pensamiento del autor. Y esta no parece ser una de nuestras cualidades más descuyantes.

Pedro Romero Mendoza se destapó en seguida. En su juventud se dedicó, intensamente, al periodismo, y luego al difícil género de la crítica literaria. Cultivó, además, la novela, el ensayo y la poesía. Sus primeros trabajos literarios se publicaron cuando apenas contaba quince años de edad, en diarios de Cáceres, Badajoz, Huelva, Guadalajara y Madrid, así como en diversas revistas de difusión nacional.

Insertó en *La Acción*, de Madrid, varios cuentos y crónicas, entre ellos "Los intelectuales" y "El color ajeno", que gustaron mucho y le abrieron las puertas para su carrera literaria.

En el ejercicio del periodismo llegó a ser redactor de *El Noticiero y La Montaña*, diarios de Cáceres. Entonces firmaba con el seudónimo de *Hugo Ruiz*, que llegaría a hacer popular, aunque lo abandonó pronto para firmar con su propio nombre y conquistar con él la fama, que llegó a alcanzar justamente. Se distinguió también como buen conferenciante y actuó en los ateneos de Badajoz, Cáceres y Madrid, así como en otras selectas tribunas.

Una de las más queridas aficiones de Romero Mendoza era la música, por lo que se afilió a la Sociedad Filarmónica de Cáceres, de la que llegaría a ser secretario. Era un apasionado por la música clásica, y como gran conocedor de este género, que paladeaba con fervor y emoción, no desperdició ninguna ocasión para escuchar a los grandes maestros, Beethoven, Schubert, Tchaikowsky, sus preferidos, y otros genios de la música. Pero es que Pedro, además, poseía una potente y agradable voz de barítono, aprendió canto e interpretaba pasajes de ópera con verdadera y afinada técnica. Obtuvo grandes éxitos entre sus conocidos y amistades, para los que cantaba, en exclusiva, quienes premiaban con apoteósicos aplausos sus cantos. La última vez que lo hizo en público fue con una *Salve* en honor de la Virgen de la Montaña. Sentía una gran devoción por la Patrona de Cáceres y a ella dedicó las últimas notas, que entonó en su pintoresca ermita, llena de fieles que asistían a una sabatina.

Asimismo, se entregó, con auténtica pasión, al deporte, sobresaliendo como tenista. Consagraba a esta actividad bastantes horas del día y llegaría a ganar en ella múltiples trofeos, al igual que sus hijos, de los que fue buen maestro, quienes competían con él en las pistas de la ciudad cacerense y otras poblaciones, casi siempre con éxito.

El día 4 de noviembre de 1927, Romero Mendoza contrajo matrimonio con Eladia Montesino-Espartero y Averly, hija de los marqueses de Morella, en la parroquia de San Jerónimo el Real, de Madrid, con quien tuvo ocho hijos.

Para el desarrollo de la obra que llevó a cabo, su esposa fue una magnífica colaboradora. Lo ayudó mucho, cuanto pudo. Le consultaba muchas cosas, le leía las primicias de cuanto escribía, para que le manifestase su opinión. Solía decir de ella que tenía una gran intuición, aparte, naturalmente, de los estudios que había realizado (Eladia Montesino-Espartero cultiva la lírica y da a conocer,

con frecuencia, no pocos sentidos poemas, en los que canta a la familia, su tema constante. Su poesía es sencilla, tierna, llena de unción amorosa).

De lo mucho que había leído, empezó muy pronto a dejar muestras en *El Noticiero*, de Cáceres, diario de difusión provincial, donde recogía, todos los días, frases profundas de escritores célebres que él había seleccionado en sus copiosas lecturas. Cuando contaba veinticinco años, fue exaltado a la dirección del periódico. La llevó, pese a su juventud, con la mayor altura, y sostuvo no pocas campañas en las que demostró, de modo fehaciente, sus magníficas dotes de ágil periodista y de hábil polemista.

El diario citado publicó ensayos estupendos. De su producción en él entresacamos un canto a Extremadura, emocionado y lírico. Si se hiciese una antología de sus obras, no podría prescindirse, en ningún caso, de cuanto escribió para estas páginas, admirables. También, por su calidad, su precisión y lo cuidado del estilo, sobresalen sus "Prosas bárbaras", sección que inició en este diario, en la que campeaban la ironía, la inteligencia, el humor más exquisito. Merecen ser destacados, asimismo, sus trabajos "La mendicidad de guante blanco", "Los bárbaros" y "Humorismo dramático".

Durante más de veinte años, Romero Mendoza estuvo al frente de la revista *Alcántara*, de literatura de creación, de los Servicios Culturales de la Diputación Provincial de Cáceres, de cuyo organismo era funcionario. Llevaba en ella una sección, titulada "Crítica sin hiel", que firmaba, humildemente, bajo el seudónimo de "Un aprendiz de hablista", en la que hacía comentarios y emitía juicios autorizadísimos sobre voces y expresiones viciosas. En esta publicación dejaría las más profundas huellas de su magisterio intelectual.

Como buen extremeño, como extremeño de ley, Romero Mendoza continuó la tradición de los cultivadores de la polémica. Mas fue un polemista formidable, aunque sin hiel; es decir, correcto y fino, razonador, respetuoso a la personalidad del contrario u oponente. Lo puso de manifiesto, con frecuencia, en ambas publicaciones.

Pedro Romero era un hombre introvertido, poco amigo de la vida de sociedad, amaba la soledad y el silencio, lo que le permitió leer y leer, sin descanso. Jamás se saciaba de leer. Pensaba que nadie lo quería. ¡Qué equivocación más grande la suya, pues contaba con grandes afectos y admiraciones! El que esto escribe puede dar testimonio de ello. Muy pesimista, veía siempre "fantasmas" en todos los órdenes de la vida y, dado su temperamento y estado anímico, sufrió mucho, aunque Eladia, su polo opuesto, plétórica de vitalidad y optimismo,

procuraba levantarle el ánimo. Uno de sus poemas lo retrata muy bien, en este aspecto:

“En la mente, un clavo ardiendo,
taladrándola;
una rueda de molino sobre el alma.
Para saber de una vida,
¿No te basta...?”

Pero, a pesar de su introversión, era amable, de trato delicado y cortés, correcto y cariñoso. No era un misántropo ni un neurótico agobiado y agobiante. Por el contrario, su sensibilidad y su inteligencia, su sencillez y la profundidad de su pensamiento, caracterizaban su forma de ser más acabada. En sus *Pensamientos y divagaciones* resumiría, en parte, su profundo sentido humano de la vida, su delicadeza de espíritu, su humor zumbón, y su ironía punzante y exquisita, de lo que dejamos aquí leve muestra, tomada al azar del libro mencionado:

“La ejemplaridad de la pena de muerte.

No creo en la ejemplaridad de la pena de muerte. ¿No fue Víctor Hugo quien dijo que un cadáver no sirva para nada? Y así es, efectivamente. El último gesto de un ahorcado, será todo lo patético que se quiera, pero es un gesto de burla. Al sacar la lengua parece como si se riese de uno de esos tratadistas de Derecho Penal, que propugnan la ejemplaridad de la de la pena de muerte”.

“La cáscara y el fruto.

Hay quienes recuerdan con mucha facilidad los títulos de las obras, pero nada de su contenido.

Esto es lo mismo que quien se contenta con la cáscara y no aprovecha el fruto”.

“Los hombres y el talento.

No habíamos conseguido entendernos.

Los hombres de talento rara vez bajan del Olimpo —me dijo un día un amigo mío; y yo creo que con cierto deje de ironía—, y añadió:

— Ya que nosotros no podemos ponernos a su altura, que ellos se ponen a la nuestra.

— Y, ¿no ha pensado usted nunca —le contesté— que es más bello subir que bajar?

En verdad, asombra que Pedro Romero llegara a transformarse en un gran escritor, cuando ni siquiera asistió a la escuela primaria. Tan sólo recibió unas lecciones de una tía suya, después de la rabieta que pasó a la puerta del colegio, al que sus padres, asustados, no quisieron volver a llevarlo —era hijo único—.

Y, sin embargo, andando los años, llegaría a obtener el Premio “Conde de Cartagena”, preciado galardón de la Real Academia Española, así como

otros lauros de importancia, como el Premio de Poesía "Sabadell", por "La Cuca", romancillo de gran realismo y copiosos detalles, y por un ensayo que publicó en Alicante.

Hay quien dice de Pedro Romero que tanto leer lo volvió neurótico e incluso sus médicos le diagnosticaron una neurosis severa, que le producía "taquicardias y arritmias", cuyos acientíficos juicios le movieron a escribir:

"Busqué una estúpida manera de matarme,
como nadie se mata,
leyendo hermosos libros
que llenaron de dulzor y de veneno el alma".

Leer no mata, podemos asegurárselo a ustedes. Es más nocivo no leer, pues produce estupidez, que puede tornarse crónica y progresiva, de infausto pronóstico.

En su poema titulado "Poesía sin nombre", se queja y se rebela de la sombra que proyecta en los demás, se duele de la imagen que, a su juicio, los otros ven en él:

Dicen que soy muy raro,
que me gustan las cosas más extrañas
y que voy por el mundo
sin tener de la vida idea exacta,
con sombras en los ojos y en el alma;
que soy de las pasiones y de la ira diaria
y salgo malparado
en todas las batallas.
¡Señor, me da una pena
que digan los demás tales palabras!

Personalidad proteica, conforme se desprende de cuanto hemos expuesto, dejó una obra ingente, que vamos a reflejar a continuación:

En el campo de la narrativa: *La humanidad murmura*, su primera novela, que fue prolongada por el prestigioso crítico Andrés González Blanco; *El padre Ramón* (Madrid, 1923), *Sombras* (Madrid, 1924), *Caminos de servidumbre* (Madrid, 1926), "*El Chupao*" y *otros cuentos* (Madrid, 1963).

A la crítica literaria entregó múltiples trabajos y la ejercitó con pasión y profundidad. Fruto de esta seria labor es cuanto consignamos: *Azorín* (Madrid, 1933), *Don Juan Valera* (Madrid, 1940). Con este ensayo logró el Premio

“Valera”, el 12 de junio de 1935, y de su jurado formaron parte personalidades tan relevantes como Concha Espina, Rafael Cansinos Assens y José Francés. Es tal la calidad de esta obra que, en el fallo, los miembros del jurado hicieron constar que mereció el premio por la “agudeza de análisis y por la forma impecable que campea en su obra”.

Como crítico, dio también a la estampa *Meditaciones de un lector con motivo de la Feria del Libro* (Cáceres, 1955), *Siete ensayos sobre el Romanticismo español* (dos tomos, Cáceres, 1963), laureado con el Premio “Conde de Cartagena”, que concede la Real Academia Española, tan codiciado; una de las mejores obras jamás publicadas acerca del romanticismo; *Escándalo en las letras (Protesta razonada contra la poesía y el arte actuales)* (Madrid, 1965), *Crítica sin hiel. Voces y expresiones viciosas* (Madrid, 1965); *Viaje al cielo (Poema épico burlesco en prosa)* (Madrid, 1965). Añadiremos que, en la prensa, publicó, asimismo, no pocos ensayos, tales como *Apuntes sobre las actrices de nuestro teatro español* y *Comentarios a la literatura regional*.

Entre las obras que dejó el maestro del idioma al fallecer y que tenía próximas a publicarse, hay que registrar *Angustia*, *Poesías*, poemas breves, romances y romancillos; *Pensamientos y divagaciones* y *Un hombre a la deriva*. Los dos primeros libros fueron publicados en Madrid por su viuda, en el año 1979. En su taller se registraban también los siguientes trabajos: *La literatura del diablo* (crítica literaria), *Literatura y filosofía* (ensayo) y *El siete* (estudio sobre la aplicación de este número en la Biblia, la Teología, la ciencia, la historia, la literatura y el arte).

Pedro Romero Mendoza fue un purista del idioma, su celoso guardador, su vigía constante. Se preocupaba, intensamente, de velar por la propiedad en el uso de las palabras y de que se expresase siempre el pensamiento con claridad y corrección. Y más de una vez hubimos de presenciar cómo aconsejaba a los jóvenes periodistas y locutores de radio su cuidado y atención a los términos y expresiones correctas, para que asumiesen la hermosa tarea de aventar la cultura en armonía con el entretenimiento. Quería que no se dejasen influenciar por los barbarismo al uso, que tanto perjudican a nuestro rico idioma.

Como vigía en la batalla por preservar nuestra lengua batalló incansablemente. En *Crítica sin hiel*, consigna con donosura y humor:

“Y a estos autores, que olvidando la ley de la gravedad, pues no nos consta que los aten para que puedan mantenerse en posición tan extremadamente difícil, se les ocurre sentar a sus personajes en los dinteles de las puertas, habría que decirles, con un poquito de zumba:

Bajo el dintel está bien,
sobre el dintel está mal,
que el dintel es lo de arriba
y lo de abajo el umbral.

Ataca con denuedo a los escritos pedestres, a los que usan el idioma con desgarbo; sobre todo a los malos poetas, modernistas a ultranza, inflados como pavos, en *Escándalo en las letras*:

“Lo extravagante y excéntrico como práctica usual de la literatura, la falta de ilación, de continuidad lógica; el enigma y el jeroglífico como muro resistente, infranqueable a la curiosidad de los demás. Reiteración arbitraria del asonante, con lo que se mancha la nítida hechura del poema. Defectuosa acentuación prosódica. Diéresis a granel. Versos largos, neologismos. Impropiiedades de lenguaje, como dintel o umbral y railes por rieles o carriles, amén de otras muchas, ya enumeradas en páginas anteriores. Irreverencias y frases de mal gusto, que no sólo denotan una baja temperatura lírica, sino una deplorable educación literaria, repeticiones fonéticas; falta de musicalidad; asonancias internas, deficientísima sintaxis que hace mucho más ininteligible la lectura; adjetivaciones equívocas, y como coronación o remate un léxico vulgar, ramplón, chabacano, vacuno y rastroso. ¡Oh manes de Malherbe, de Leopardi, de Carducci, de Chenier, de Lisle, de Cabanyes, admitidas las diferencias de valoración entre sí, pero con un denominador común: la elegancia y belleza elocutivas y lo estatuario de la estructura”.

Después de examinar la obra de Pedro Romero y de entusiasrnarnos con ella, se nos ocurre pensar que tal vez su innata timidez —sorprendía en un hombre de su talla intelectual y humana, y con el buen aspecto físico que presentaba siempre— le impidió llevar a cabo todo aquello que, por su enorme capacidad y valía, debió haber realizado. Lástima del aislamiento en que vivió durante tantos y tantos años; sobre todo en su última etapa. Su vida anímica, sin duda, influyó en ello. Si hubiese sido llamado a algún centro literario, es indudable que podría haber realizado una labor magnífica y poner de relieve sus profundos conocimientos, su experiencia y su innegable buen gusto literario. Tal vez su sensibilidad estética fue de lo más relevante y con aptitud para una obra perfecta en la forma y en el fondo.

Sin temor de ningún género a la hipérbole, cabe considerar a Pedro Romero Mendoza como a un humanista, uno de los más correctos y eminentes escritores extremeños en todo lo mucho que va de siglo.

El epistolario de los grandes hombres puede constituir un aporte singular de datos que reflejan su personalidad. Hasta tal punto que, en sus cartas más íntimas, es cuando se desvela la verdadera profundidad de su alma. Y el epistolario de Pedro es extenso y variado. Examinando su archivo se registra

correspondencia con eminentes personalidades de la vida cultural y artística, como Diego María Crehuet, Francisco Sánchez-Ocaña, Emilio Cotarelo, Juan Pujol, conde de las Navas, Rafael Cansinos-Assens, "Azorín", Luis Araujo Costa, Juan Soca, Carmen Valera —hermana del fino crítico Juan Valera—, Melchor Fernández Almagro, Eduardo Marquina, Ángel Cruz Rueda, Julio Casares, Concha Espina, José Ibarrola Muñoz, Narciso Alonso Cortés, Joaquín Calvo Sotelo, Andrés Revesz, José Francés, Benjamín Jarnés, Enrique Segura Otaño, y otros muchos autores famosos.

Se ha escrito, aunque no mucho, en torno a la obra y la personalidad de nuestro autor glosado. A veces aún con menor sentido; muy poco si tenemos en cuenta su altura intelectual y la calidad de la obra que nos legó.

No obstante, hemos rebuscado en hemerotecas y bibliotecas, para recoger algunas impresiones sobre él. Así, Juan Ramón Masoliver, crítico literario de *La Vanguardia*, escribió el 2 de octubre de 1963 una reseña en la que no solo ensalza su libro *Siete ensayos sobre el Romanticismo español*, sino que valora a su autor por encima de cuanto solemos acostumbrar por estos pagos:

"...Sorprende, a qué negarlo, que un caballero de Navalmoral de la Mata (en aquel entonces ejercía como empleado de la Diputación en la localidad mencionada), en tierras extremeñas, reciba, y con pleno merecimiento, el Premio "Conde de Cartagena", de la Real Academia Española. Y que la obra galardonada no se ampare en la enseña de las grandes editoras de Madrid o Barcelona, sino que provenga de los servicios culturales de una apartada Diputación, la de Cáceres..."

Refiriéndose al mismo libro, Ángel Dotor argumenta que la obra de Pedro Romero Mendoza "es una creación en la que se plasma cuanto cabe reconstruir, de forma objetiva y crítica, acerca del movimiento ochocentista, reflejo de la época y ambiente de trascendental importancia como antecedente del mundo actual".

Pedro Romero Mendoza no ha sido, es lo cierto, un escritor muy glosado. Pero José Canal hizo de él un ajustado retrato psicológico e intelectual:

"Pedro Romero Mendoza no era un poeta en el sentido convencional de la palabra.

A muchos parece que, en efecto, el poeta ha de ser un hombre desordenado, espontáneo, inconstante, voluble y perezoso.

Se cuenta que a uno famoso, le preguntaron:

¿Y usted, por qué es poeta?; y él respondió: Por vago.

Romero Mendoza era todo lo contrario: lector impenitente, concienzudo y sagaz; estudiosos conocedor del lenguaje; crítico exigente para con los demás

y para consigo mismos; asiduo, ordenado y perseverante; cuidadoso, pulcro, riguroso en lo personal y en su quehacer literario.

Todo ello lo formó como el escritor sencillo, fácil y ameno que cultivó con acierto y maestría la novela, la crítica, el ensayo y la poesía.

¿Entonces...?

Es muy sencillo. Primero, porque a cualquiera se le alcanza que ese concepto del poeta es tópico y de ninguna manera condicionante; y, segundo, porque todos, de algún modo, solemos contradecirnos más o menos íntimamente y somos el que los demás ven y el que a muchos queda oculto a inédito; y Pedro Romero Mendoza no tenía por qué ser la excepción".

Pedro es, para casi todos los extremeños, un perfecto desconocido, incluso para muchas personas que se tienen por ilustradas. Habrá que rendirle el homenaje que merece, habrá que reeditar sus obras, de lo contrario pecaremos no sólo de ingratos, sino también de torpes.

miscelánea